

43000 -

Álvaro tenía quince años cuando decidió que quería ser dibujante.

—¡Eso es lo más absurdo que he escuchado! ¡Olvidalo! ¡Dibujar está reservado a gente con un talento innato! ¡Madura de una vez y conviértete en un buen abogado! —Los gritos resonaban tras las paredes de aquella humilde casa, revolviendo a su vez alma y corazón.

Álvaro era de ese escaso tipo de gente que prefería pasar los días en compañía del silencio antes que del gentío que se apelotonaba frente al puesto de mojitos de al cruzar la acera. Sus pinturas eran su mejor compañía, sus lápices eran su bien máspreciado, y sus múltiples personajes lo comprendían mejor que nadie.

Miles de viñetas se encontraban destrozadas, mancillando su último intento de crear un cómic. Con una tibia sensación de frustración anidada en su garganta, el chico de hebras azabaches desapareció.

Salió de su casa, con ganas de no volver jamás. Cogió su skate y se deslizó sigilosamente hasta que las callejuelas asfaltadas se convirtieron en arenosos caminos de tierra, hasta que los tejados se difuminaron, cada vez más lejos de él.

—Genial, me he perdido —habló para sí—. Y por estos motivos es que los abuelos tienen que dejar de gritarme, ¿no ven que solo perjudica a mi orientación? —preguntó al cielo, sarcástico. De pronto, una inesperada brisa le azotó el rostro, cambiando su semblante por completo.

Con solo la compañía de las aves migratorias, Álvaro cerró los ojos, meciéndose al son del viento. Cuando volvió a abrirlos cualquier rastro de su gran sentido del humor o de su burlona sonrisa habían volado junto a las gaviotas. Ese momento fue de los pocos en que se permitió dejar que sus orbes carbón se empañasen con lagrimas.

—No lo entienden... Nadie lo entiende —susurró melancólico a las nubes—. Quiero dedicarme profesionalmente a esto pero todos fingen no escucharlo —murmuró apretando su cuaderno de dibujo contra sí.

El silencio le brindó el comfort que tanto había deseado, acompañándolo en todo momento. Cuando el anochecer se cernía imponente en el horizonte, Álvaro por fin se dignó a hablar.

—Se lo demostraré, ya no solo a mis abuelos, sino a todos. Puedo ser un gran dibujante. —Su rostro se llenó con determinación, calmando sus lágrimas—. Volveré a casa y lo gritaré, me convertiré en la persona que yo quiero ser.

Cuando por fin se dispuso a recorrer de nuevo el camino de vuelta a casa, un estallido de color brotó del cielo. Las nubes comenzaron a atenuarse y el cielo se volvió blanco. Los frutales y arbustos mecieron sus ramas en un mero intento de escapar, pero su silueta se difuminó y el blanco también los invadió.

Álvaro, desconcertado, no pudo hacer más que observar.

“¿Eh? ¿Cuándo se había pintado la arena de un tono tan blanco? ¿Cuándo había el color blanco usurpado la colorida paleta del paisaje? Blanco... Mi hogar, ¿acaso ha sido siempre tan blanco?”

Miró sus manos, abrumado; pero cuando clavó sus orbes azabache sobre ellas no vio más que un fino contorno, cada vez de un gris más claro.

Todo había comenzado a desaparecer, pues de las espumosas costas de Yao no quedaba más que un recuerdo, un boceto en su mente, cada vez más vago.

Y entonces, Álvaro lo comprendió. Álvaro realmente no existía, él no era más que una idea, la idea de alguien que ansiaba ser dibujante.

—¡Espera! —habló con todas sus fuerzas —.¡No quiero desaparecer! ¡Dibújame! ¡Rápido o me esfumaré para siempre! —gritó y gritó hasta que su garganta se desgarró —. ¡No olvides tu sueño! ¡Ilústrame! ¡Dame vida, dame voz! —Su cuerpo comenzó a consumirse, como si de la temblorosa llama de una vela se tratase.

“Me quema” “Me arde” “Ayúdame...”

Y con el primer rallo del ahora invisible amanecer, la voz de Álvaro se ahogó en lo profundo de aquel mar de nada.

Al otro lado de la frontera entre su mundo y el real, una chica de rojiza cabellera y ostentosa mirada se encontraba tirada en el suelo, mirando fijamente el blanquecino color del techo. Blanco. Era blanco.

Si Álvaro hubiese podido hablarle habría visto el reflejo de Marlene en ella, su tan amado personaje, la tétrica villana de sus noches y la valiente heroína de sus días.

De pronto, los oídos de la misteriosa chica rechinaron.

—Ayúdame...

Las cenizas de una potente voz resonaron en su cabeza, accionando su cuerpo. La pelirroja se puso en pie, tomando lápiz y papel. En la hoja no había más que una viñeta de cómic mal dibujada. Un chico de complexión delgada y orbes azabaches la observaba expectante a través del folio, este solo contaba con una única frase escrita sobre sí:

Álvaro tenía quince años cuando decidió que quería ser dibujante.